

HISTORIA GENERAL  
**DE FRANCIA**

POB

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 254 y 255

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1875.

Véase el anuncio del dorso.

L47  
1775



DEPARTAMENTO GENERAL

DE FRANCIA

1871

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUERTA.

Entre las 25 y 26

BARCELONA:

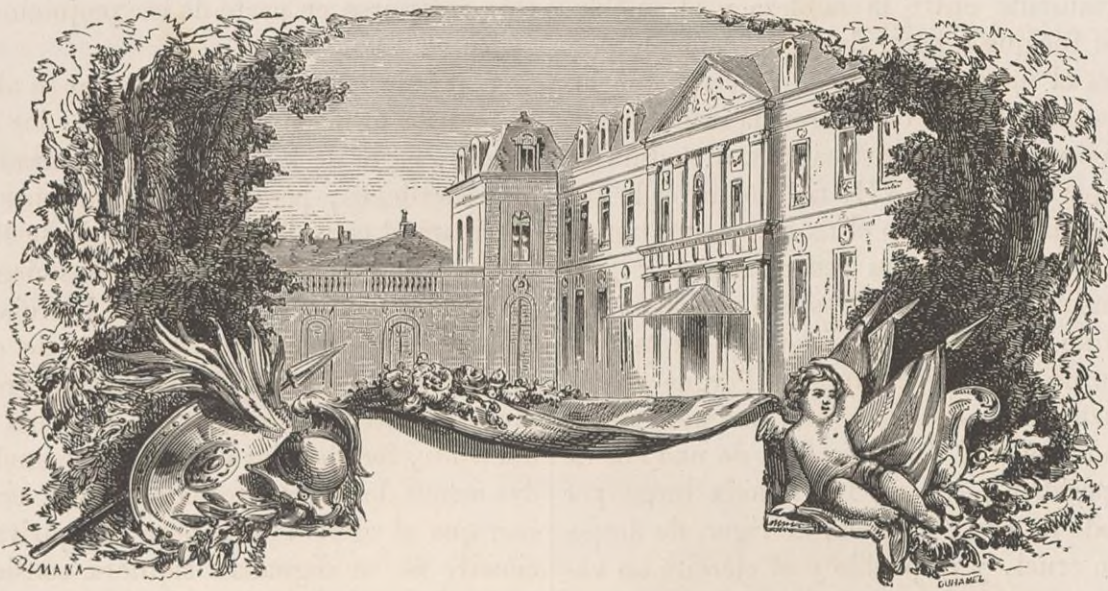
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENFUEGA DEL HERMANO DE LA PALMA.

CALLE DE MONTECUBO, 24 Y 25.

1871

Vase el anuncio del dorso.





## LIBRO DÉCIMOCTAVO.

DESDE LA RESTAURACION BORBÓNICA HASTA EL IMPERIO DE LUIS BONAPARTE.

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los partidos políticos á la elevacion de Luis XVIII.—2. La santa alianza.—3. Luis XVIII y su gobierno.—4. Reaccion.—5. El imperio de los Cien días, hijo de la reaccion.—6. Los realistas prosiguen en su sistema contra el espíritu de libertad.

1.—Los excesos de la Revolucion francesa habian hecho necesaria la dictadura de Bonaparte, y los excesos del imperio de Napoleon hicieron necesaria la restauracion de los Borbones en Francia. Un gobierno templado, prudente, patriótico, se consolida y produce en las naciones que rige eras de próspera paz y grandeza; mas un gobierno tiránico ó injusto, solo consigue arrastrar una vida agitada llena de recelos y dudas hasta caer con mengua en el abismo que con sus propias manos abre. Esta es ley constante de la historia. Si Luis XVIII al entrar en su patria se hubiese ocupado, puesto que suficiente capacidad para ello tenia, en dirigir por su propia mano las riendas del gobierno, sin abandonarlas en manos de sus consejeros que dominados acaso por el espíritu apocado del rigor ó por el menos digno de la venganza, solo go-

bernaron con despótica autoridad, es probable, y hasta podríamos decir seguro que la nacion francesa se habria encariñado con él y lo hubiera defendido de sus enemigos. La tentativa de Napoleon á su regreso de la isla de Elba, puede afirmarse que habria abortado al primer paso que este diera en territorio francés.

No comprendió Luis, ó si lo comprendió no supo sacar provecho de semejante nocion, que la monarquía que él restauraba habia de ser muy distinta de la monarquía de su hermano; puesto que habia muerto para siempre el gobierno absoluto desde la revolucion francesa que llevara al cadalso á Luis XVI, no por venganza del pueblo, sino como protesta contra los antiguos principios del absolutismo que establecian una diferencia inmensa entre las diferentes clases de la sociedad, y mas



notoriamente entre la nobleza y el pueblo.

Así fué que á pesar del cansancio que produjera el imperio, á pesar del horror que las inmensas pérdidas de la Francia infundieran, y á pesar de los desastres y la dictadura de Bonaparte, Luis XVIII se vió arrojado del trono tan luego como el ex-emperador tremolara la bandera de su restauracion: y ¿por qué no salió en contra de este la nacion en masa, que si así puede decirse, en tal manera habia deseado su destitucion? Porque el entronizamiento de Luis, que muchos habian tomado como el principio feliz de una era de prosperidad y reposo, fué temida luego por período de persecuciones, de rigor, de despotismo cruel, y el pueblo y el ejército no vacilaron en arrojarse en brazos del que menos temor inspiraba. Ni una gota de sangre se derramó en defensa del rey, porque el pueblo que hubiera podido defenderle á ser amigo del trono de Luis, era en su gran mayoría liberal, y el gobierno de la restauracion habia al parecer puesto todo su empeño en ahogar toda tendencia, todo espíritu de libertad: no sucedia lo mismo con el imperio, que á lo menos conservaba algunas de las prudentes conquistas hechas por la revolucion francesa.

Por otra parte los aliados habian arrancado de Luis XVIII la proclamacion de una constitucion bastante liberal respecto á la situacion política, y la sociedad francesa creyó que aquella constitucion seria respetada. Con ella se habria contentado á la clase media cansada de Bonaparte, y satisfecho al pueblo que no podia de ningun modo volver á los tiempos en que era considerado y tratado como siervo. El partido liberal, pues, al que habia dado gran desarrollo la promesa de la constitucion, se robustecia y organizaba en las cámaras, entraban en él las clases inferiores de la sociedad que veian en aquella la consignacion de algunos principios fundamentales de la justicia á que se creian acreedoras; y los partidarios del ex-emperador, los descontentos que habian perdido su empleo, sus títulos ó fortuna con la vuelta de los Borbones, engrosaron aquel partido que era la única esperanza

para resarcirse en parte de los perjuicios sufridos.

Y al frente de ese partido popular se alzaba el realista formado por la nobleza, los emigrados, parte de la clase media cansada de los desórdenes, pérdidas y privaciones que originara el consulado y el imperio de Bonaparte. «Las tendencias de aquellos ciegos y obstinados hombres, dice Pablo Lacroix, no eran un secreto para nadie; antes de obrar proclamaban en alta voz sus planes, pretendian reconstruir el trono sobre la sólida base del *altar*, forjaban las antiguas y enmohecidas armas de la monarquia absoluta, confiaban que el clero adormeceria el espíritu nacional, no se dignaban siquiera considerar como obstáculo la existencia de la constitucion, y el primer golpe que pretendian descargar contra ella habia de ser la restitucion de los bienes á los emigrados.» De ahí que el partido liberal, y en unos por interés y en otros por afecto á las instituciones modernas, se agitó sordamente en las aldeas y en las ciudades, porque si ya no sentia la humillante opresion de las armas extranjeras, en cambio para mengua de todos, se veia sometido á un partido altanero que trataba á los franceses como si pertenecieran á un país conquistado.

Pero daban mas fuerza á ese partido retrógrado de Francia la reaccion que se estaba operando casi en toda Europa. España, Italia y el Piamonte restauraban el absolutismo. Pio VII restablecia la orden de los jesuitas. Rusia y las dos Sicilias se declaraban abiertamente por la reaccion, burlando como los demás gobiernos las esperanzas que concibiran los pueblos con las promesas de libertad que se les dieran al tratarse de combatir el *despotismo de Napoleon*. En su virtud, el gobierno francés restablecia en todo su vigor las prácticas del catolicismo, proscribiendo toda idea de libertad religiosa, rechazando con tal medida del partido monárquico á todos los volterianos y filósofos. De ahí provino el general descontento, y ello explica la facilidad con que Napoleon al salir de la isla de Elba, pudo llegar rápidamente á Paris y restaurar



el imperio sin oposicion de ninguna parte. Mas ya nos hemos estendido sobre el particular.

2.—La reaccion, empero, no escarmentó con la primera caida de Luis XVIII, todo lo contrario; contrastando la voluntad de ese monarca que habria podido ser un gran rey, á rodearle otros hombres mas moderados y prudentes, los cortesanos de Luis se precipitaron por el camino del rigor y del retroceso. Y ¿cómo habian de hacer otra cosa si veian á las grandes potencias de Europa iniciar la marcha que ellos seguian? Puesto que debian su triunfo á las armas de los aliados, no podian ó no quisieron separarse del camino emprendido por estos, sin tener en cuenta para nada los deseos, las instituciones, el espíritu del pueblo francés.

Una vez conseguido el objeto, que no era otro que la ruina de Bonaparte, los soberanos aliados del continente pensaron en reprimir el espíritu liberal que ellos mismos habian concitado en sus países. La Prusia, el Austria y la Rusia celebraron el famoso tratado de la Santa Alianza, para lo cual parecia tan dispuesto el czar, arrastrado por su misticismo hácia una política que confundia con la religion. No entremos en comentarios sobre el tratado en cuestion; es cien veces preferible trasladarlo por entero aquí, pues difícilmente podria formarse una idea de lo que fué aquel tratado, de otra manera cualquiera y por mas esplicaciones que se diesen. El tratado, pues, era del tenor siguiente:

En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad.

Sus majestades el emperador de Austria, el rey de Prusia y el emperador de Rusia, en vista de los grandes acontecimientos que han señalado en Europa el curso de los tres años próximo pasados, y principalmente de los beneficios que se ha dignado la divina Providencia derramar por los Estados cuyos gobiernos han puesto su confianza y su esperanza en ella sola; habiendo adquirido la conviccion íntima de que es necesario fijar y determinar la marcha que hayan de adoptar

las potencias en sus relaciones mútuas sobre las verdades sublimes que nos enseña la eterna religion del Dios Salvador,

DECLARAN solemnemente que la presente acta no tiene otro objeto que el de manifestar á la faz del universo su inquebrantable determinacion de no tomar por regla de conducta, ya en la administracion de sus respectivos Estados, ya en sus relaciones políticas con cualquier otro gobierno, que los preceptos de esta santa religion, preceptos de justicia, de caridad y de paz, que léjos de ser únicamente aplicables á la vida privada, deben al contrario influir directamente en las resoluciones de los soberanos y guiar todos sus actos y pasos como el único y solo medio de consolidar las instituciones humanas y remediar sus imperfecciones.

En consecuencia sus Majestades han convenido en cumplir y respetar los artículos siguientes:

ARTÍCULO PRIMERO.—Conforme con las palabras de las Sagradas Escrituras que mandan á todos los hombres tenerse por hermanos, los tres monarcas contratantes permanecerán unidos por los lazos de una fraternidad verdadera é indisoluble, y considerándose como compatriotas, se prestarán en todo lugar y ocasion asistencia, ayuda y socorro; considerándose con respecto de sus súbditos como padres de familia, los dirigirán en el mismo espíritu de fraternidad de que están animados para proteger la religion, la paz y la justicia.

ARTÍCULO SEGUNDO.—En consecuencia, el solo principio vigente, lo mismo entre dichos gobiernos que entre sus respectivos súbditos, será el de prestarse recíprocamente servicio, manifestarse con inalterable benevolencia el afecto mútuo de que han de estar animados, el de considerarse todos y cada uno como miembros de una nacion cristiana, no teniendo los tres príncipes aliados mas que como delegados de la Providencia para gobernar tres ramas de una misma y única familia, á saber: el Austria, la Prusia y la Rusia; confesando así que la nacion cristiana de que ellos y sus pueblos forman parte no tiene real-

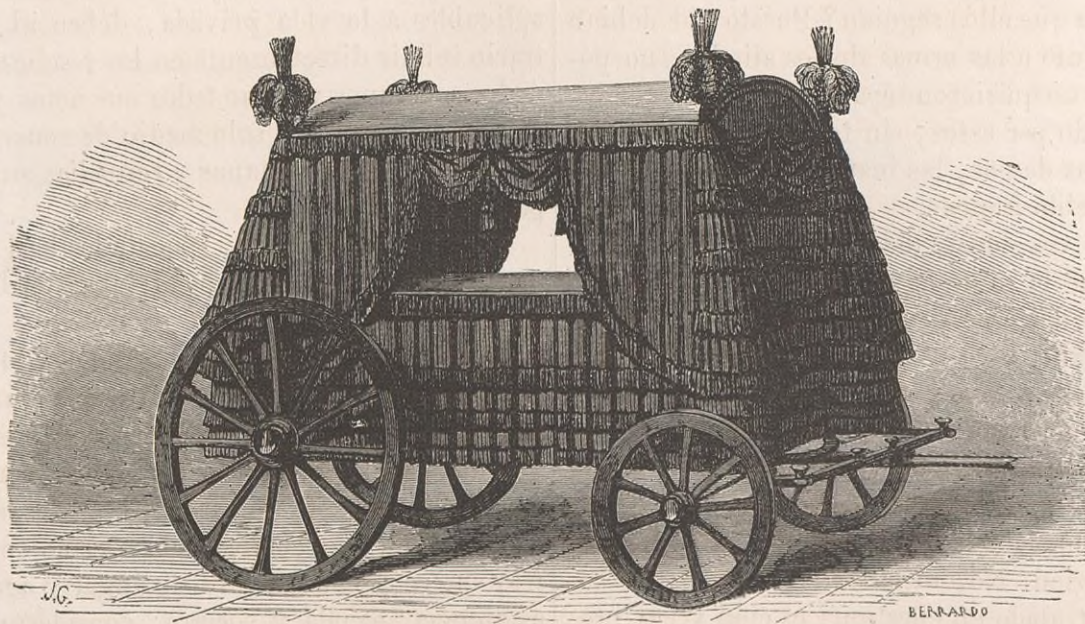


mente otro soberano que aquel á quien solo pertenece en propiedad el poder, porque en él solo se encuentran todos los tesoros del amor, de la sabiduría y del poder infinito, es decir, á Dios, nuestro divino Salvador Jesucristo, el Verbo del Altísimo, la Palabra de la vida. Sus Majestades recomiendan en consecuencia con la mas tierna solicitud á sus pueblos, como único medio de gozar de esta paz que nace de la buena conciencia y que es la única duradera, de edificarse y fortalecerse mas cada dia en los principios del ejercicio de

Firmas: *Francisco, Federico Guillermo, Alejandro*.—Conforme con el original, *Alejandro*.

En San Petersburgo el dia del Nacimiento de Nuestro Salvador, 25 de diciembre de 1815.

La mayor parte de los soberanos de Europa se adhirieron á ese tratado, como quiera que la aplicacion de aquellos lugares comunes de moral que en él se hallaban consignados daban grande significacion y autoridad á los soberanos en detrimento de los pueblos. Era lógico que para fundar y consolidar aquella



COCHE FÚNEBRE DE NAPOLEON EN SANTA ELENA.

los deberes que el divino Salvador enseñó á los hombres.

ARTÍCULO TERCERO.—Todas las potencias que quieran confesar solemnemente los principios sagrados que han dictado la presente acta y reconozcan cuan importante es para la felicidad de las naciones sobrado tiempo agitados, que tales verdades ejerzan de hoy en adelante sobre los destinos humanos toda la influencia que les pertenece, serán admitidos con tanto afan como amor en esta santa alianza.

Hecho por triplicado y firmado en París el año de gracia de 1815 del 14 al 26 de setiembre.

benevolencia y fraternidad universal, aquella caridad evangélica que el czar habia predicado, se quisiera impedir todo movimiento ó cambio político, toda reforma que pudiese trastornar el orden (entendiéndose por orden la parálisis moral de la sociedad); y así se invitó indirectamente á los soberanos á que adormecieran á sus pueblos, á que acallaran los clamores de la prensa siempre que tratasen de discutir la política ó la religion, é impidiesen en fin toda mudanza en el orden de cosas admitido por los soberanos de la Santa Alianza.

3.—Representaba, pues, Luis XVIII el partido reaccionario inspirado en los principios de la Santa Alianza, y á pesar de que



aquel soberano hubiese querido reinar con mas desahogo y dando cierta libertad al pueblo como él habia visto dar en Inglaterra al pueblo inglés donde habitara por espacio de veinte años, se vió arrastrado por los mismos que le habian proporcionado el cetro de Francia. Tuvo, pues, que amoldarse á las exigen-

nomías. Luego que el presupuesto hubo sido votado por ambas cámaras, presentóseles la ley sobre la pension real, que fué votada por aclamacion; señalábase al rey veinte y cinco millones de francos y ocho millones á su familia, comprendiéndose además en la dotacion de la corona el Louvre y las



LUIS XVIII.

cias de sus partidarios, y no pudo entregarse á gobernar con cierta moderacion. El estado de Francia era precario; las guerras habian agotado casi todas las riquezas, la deuda pública se presentaba bajo un aspecto aterrador, y no obstante la lista civil y la familia real habian de absorber treinta y tres millones de francos del presupuesto que el baron Luis se envanecia de haber sometido á severas eco-

Tullerías con sus dependencias, los palacios, edificios, tierras, prados, granjas y bosques de los territorios de Versailles, Meudon, San Germain, Rambouillet, Compiègne, Fontainebleau, Pau, Burdeos, Estrasburgo, etc., los diamantes, perlas, pedrerías, cuadros, estatuas, bibliotecas y otros monumentos artísticos existentes en el palacio real, en el guardajoyas y en los museos de la corona. Las



fábricas de Sevres, de los Gobelinos, de la Jabonería y de Beauvais se hallaron comprendidas en la lista civil, y todos esos bienes declarados inalienables é imprescriptibles, quedaron exentos de contribuciones públicas. No contentos aun, los Borbones abrieron otro *libro rojo* para inscribir en él los nombres de sus pensionarios y favoritos, y un diputado aprovechó la ocasion para solicitar de los ministros que se pidiese humildemente al rey la comunicacion á la cámara de las deudas que podia haber contraído durante su permanencia en el extranjero. La cámara aprobó la proposicion, y desde aquel dia quedó á cargo de la nacion el pago de treinta millones declarados por Luis XVIII. La emigracion no se consideraba aun recompensada, y el dia 13 de diciembre presentó el ministro un proyecto de ley sobre los bienes de los emigrados: en él no se atacaban abiertamente los derechos adquiridos antes de la publicacion de la Carta, y decia sustancialmente que los bienes inmuebles no vendidos y formando todavía parte de la propiedad del Estado, serian restituidos á sus antiguos poseedores ó á sus herederos. Es cierto que no era aquello una restitucion completa, pero estaba la palabra en la ley, y solo faltaba darle toda su rigurosa aplicacion. Semejante proyecto sembró la inquietud en el país, y resucitó la hidra de los bienes nacionales; la esposicion que leyó en la tribuna el ministro de Estado fué como una siniestra revelacion de los planes de la monarquía. El ministro dijo que los emigrados habian obrado como buenos y leales franceses al abandonar su patria; escusó al rey por haber penetrado con estremada prudencia en aquella via de rígida y absoluta equidad, en que se entreveía por fin la posibilidad de hacer bien despues de tantos males, y confesó que una ley subordinada á las circunstancias mas que á los principios no podia satisfacer la benéfica justicia del monarca que hubiera querido entregarse á una justa prodigalidad. Tan singular discurso, cuya idea habia inspirado Luis y cuya espresion habia aprobado, justificó los celos que despertara la marcha del gobierno.

Las palabras del ministro de Estado encontraron complacientes ecos en la mayor parte de los periódicos monarcas; el objeto no era otro que preparar los ánimos para una restitucion general de los bienes nacionales que sufrieron al momento una considerable baja. El *Diario de Debates*, órgano oficial de las Tullerías, formuló el siguiente axioma que la prensa realista en masa se apresuró á comentar en perjuicio de los detentores de aquellos bienes: «No hay poder humano que pueda legitimar lo que es ilegítimo.» Esas odiosas polémicas no podian menos de producir sus frutos, y bastaron seis meses para preparar una reaccion imperialista. Los habitantes de los campos, que maldigeran á Napoleon durante sus prolongadas guerras, odiaban mas aun á Luis XVIII y á su corte de emigrados al verse amenazados en sus propiedades. Desde entonces aviváronse en todas partes los recuerdos del imperio: los retratos de Napoleon aparecieron en las ferias y mercados, en las chozas y en los talleres, y si bien no podia preverse como y cuando se modificaria aquel estado de cosas tan contrario al sentir comun, era seguro que no podia durar mucho tiempo. El partido liberal, muy distinto del partido napoleónico, apoyaba á este sin embargo, y le daba el ejemplo de la resistencia. El diputado Bedach, miembro de la comision de la ley sobre los emigrados, fue en 17 de octubre el intérprete de la opinion constitucional; reconoció y rindió homenaje á las intenciones del Rey y á su sabiduría; no acusó abiertamente la desercion de los emigrados al llegar el dia del peligro; pero manifestó que los ciudadanos que derramaron su sangre en servicio de su país, y que se habian impuesto por él toda clase de sacrificios, no podian ser comparados sin injusticia y escándalo con los héroes de la emigracion; invocó el olvido de lo pasado y la reconciliacion de todos los franceses, y concluyó reconviniendo al ministro de Estado por haber comprometido al Rey con aquella funesta esposicion en la que habia sustituido la aspereza de sus opiniones personales con las opiniones de Luis. Ferrand,



empero, como ministro de Estado, no aceptó ese cargo, y creyendo á la monarquía bastante fuerte para hacerla responsable de sus actos y tendencias, sostuvo los términos de su discurso, dijo haber sido en él un mero eco de Luis, y manifestó que la intencion formal de S. M. era devolver á la nobleza y al clero los bienes de que se les habia despojado. Esta fatal discusion, que la polémica de algunos periódicos hizo mas y mas funesta, acabó de alarmar á los propietarios de bienes nacionales, es decir á la mayoría de los pequeños cultivadores. En vano intentaron algunos oradores desconcertar la política de los ultrarealistas, y en vano tambien pronunció Dumolard, uno de los jefes de la oposicion liberal, estas memorables palabras: «Pretender tantas revoluciones restablecer lo que fué y destruir lo que es, equivale á intentar lo imposible para lograr únicamente nuevas convulsiones.» Seguro de antemano el ministro de la adopcion de la ley, se negó á ceder en los motivos en que la apoyaba, y la oposicion solo obtuvo que la palabra *restituir*, que lastimaba ciertas susceptibilidades, fuese reemplazada por la de *devolver* que parece expresar una entrega amistosa y no obligatoria, un impulso de equidad mas que un acto de justicia. Ciento sesenta y ocho votantes de ciento noventa y dos opinaron por la adopcion de la ley, la cual no encontró oposicion alguna en la cámara de los pares.

Y siguiendo por esa fatal pendiente de la reaccion, los consejeros de Luis no ponian reparos en excitar la indignacion del pueblo que empezaba á desear el establecimiento del imperio. Talleyrand se habia erigido en constante defensor de la legitimidad de los reyes, esperando acaso vencer los escrúpulos del Austria que pretendia ahogar todo desenvolvimiento de la idea liberal en Francia. El vizconde de Chateaubriand, que no se privaba de repetir que Napoleon era un falso gran hombre, se convirtió en oráculo de la monarquía, y proclamaba que «el Rey era fuerte, muy fuerte, no habiendo poder humano que pudiese conmovier su trono.» El partido del

hermano del Rey, conde de Artois, perseguia cada dia con mas encono á la revolucion del año 1779 en sus actos y en sus autores: los detentores de bienes nacionales, los regicidas, nombre que se daba á los convencionales que votaron la muerte de Luis XVI, eran anatematizados desde los púlpitos y las columnas de los periódicos realistas. Así en París como en las provincias reinaba un descontento general, una ansiedad creciente. El desaliento cundia por todas partes, y todo eran temores y dudas; el impulso que tomaran por un momento la industria y el comercio, quedó paralizado á causa del retraimiento de los capitales, y apenas podian sofocarse los murmullos del pueblo con las fiestas y viajes que la corte hacia en medio del entusiasmo y atornador aplauso de la monarquía.

5.—«Napoleon, dice el mencionado historiador Lacroix, oia esos murmullos desde su destierro de la isla de Elba, y así sus miradas como su corazon no cesaban de dirigirse á Francia; en la reducida isla donde se hallaba relegado, dejaba al gobierno de los Borbones que se destruyera á sí mismo con sus actos políticos reaccionarios y sus tendencias antinacionales, y veia con gozo en los periódicos ultra realistas los progresos de aquella contrarevolucion que atacaba sin cesar un pasado glorioso. Solo en Porto Ferrajo, visitado de vez en cuando por algunos franceses y extranjeros, á quienes la admiracion llevara hasta aquel punto, iba siguiendo con ansiedad la evolucion de la política francesa, «he venido sin inteligencia, sin acuerdo prèvio, sin preparacion alguna, teniendo en la mano los diarios de Paris, y los discursos del ministro de Estado Ferrand.» Sabia únicamente los deseos y esperanzas de la mayor parte de la poblacion; sabia que muchos de sus oficiales y compañeros de armas solo anhelaban derramar su sangre por él; esta fue la única conspiracion de su genio. Cuatro generales, Lefebvre, Desnouettes, Erlon y los dos hermanos Lallemand se habian reunido á fines de enero para tratar de los medios de restaurar al Emperador, no sin que sus planes lle-



gasen á noticia del duque de Bassano; y bajo pretexto de francmasonería habia en el ejército varias sociedades secretas que conspiraban en pro de Napoleon. Pero todo ello era vago todavía, confuso, desordenado. La policia, que sentia crecer sordamente una es-

gimen; el ministerio, á quien las oficiosas advertencias de Fouché habian encontrado sordo y ciego, se creia dueño de la situacion hasta tal punto, que en una circular dirigida á los prefectos á fines de enero, el abate Montesquieu solo les encargaba velar por la ob-

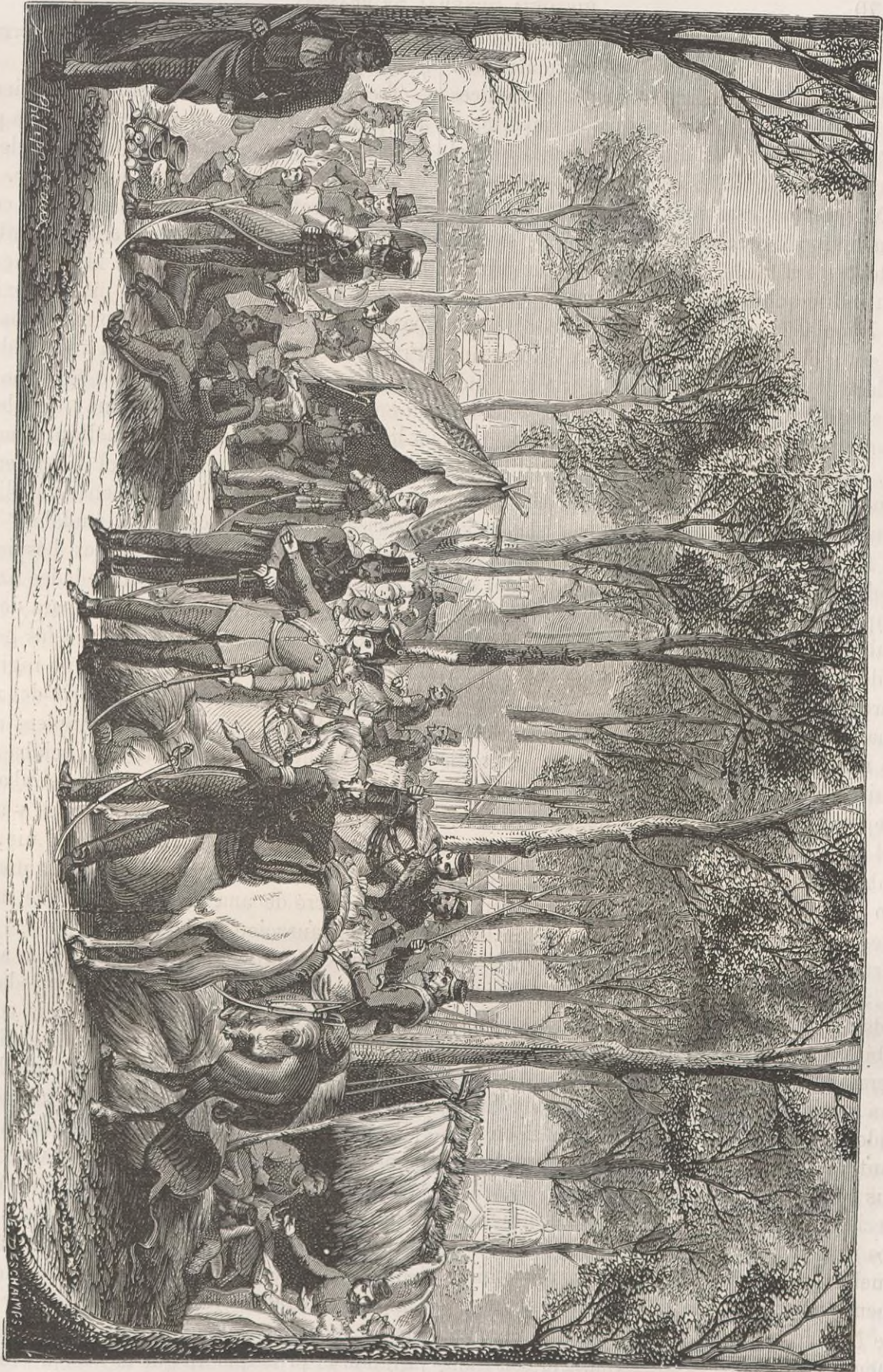


LA COMISION DEL GOBIERNO ARROJADA DE LAS TULLERÍAS POR ÓRDEN DE BLUCHER (7 DE JULIO DE 1815).

pecie de conmocion napoleónica, buscaba en vano su origen y sus propagadores; pero como algunos folletos, algunas canciones, algunos epigramas, algunas caricaturas, no podian derrocar seguramente la monarquía de 1814 en el pabellon Marsan, residencia del partido dominante, solo se ocupaban en reorganizar por completo las instituciones del antiguo ré-

servancia de las prácticas y deberes religiosos, místicas ideas que no impedian, sin embargo, al ministerio abrigar peligroso encono contra el reino de Nápoles que los Borbones querian devolver á Fernando y arrebatár á Murat. Tres cuerpos de ejército reunidos en Provenza, en el Franco Condado y en las cercanías de Lion, solo esperaban el permiso del Aus-





CAMPAMENTO DE LOS ALIADOS EN LOS CAMPOS ELFEO DE PARIS (1815).



tria para pasar los Alpes y destronar al rey de Nápoles, y mientras los partidarios del Gobierno entonaban en todos los periódicos un concierto de injurias contra el imperio, el telégrafo anunció el día 5 de marzo que el Emperador se hallaba en Francia.»

Mas no fue este suficiente aviso para que la monarquía cambiara de conducta, si bien entonces era tarde ya; el pueblo, que mirara con indiferencia poco tiempo antes la caída de Napoleon, veía ahora sin disgusto ya que no sin recelo, la caída de Luis XVIII, y anhelaba la restauración del imperio creyendo que este era el único que á la sazón podía implantar un gobierno de prosperidad y grandeza. No obstante los temores que habían de concebirse respecto de los aliados, que no podían permitir pacíficamente la restauración de Bonaparte, el ejército francés y gran parte del pueblo se declararon en favor del ex-emperador. «Ningun cuidado inspiraba en las Tullerías la insensata empresa de Bonaparte y de su banda: la increíble noticia del desembarco del Emperador había sido acogida con una sonrisa de piedad, y no se había tomado medida alguna de defensa, á no presentir Luis XVIII las graves consecuencias de semejante suceso. La opinión de los ministros del Rey se había plenamente confirmado si hubiese su gobierno sido el protector del pueblo y el amante decidido de la prosperidad nacional emanada de la templanza, de la libertad y demás condiciones que exigía la época. Así Napoleon encontró á su paso abiertas todas las puertas, dispuestos los ánimos á recibirle con agrado, y al pueblo satisfecho de verse otra vez gobernado por el gran capitán, quien á su vez prometía enmendar pasados errores y consagrarse de allí en adelante á la verdadera paz y tranquilidad de sus pueblos. «No os otorgaré como Luis XVIII, decía, una constitución revocable, quiero daros una que sea inviolable que será obra del pueblo y mía.» Eso auguraba un gobierno menos arbitrario que el del anterior imperio de Napoleon, y por eso el pueblo, que fácilmente puede ser engañado, acogió con trans-

portes de alegría y entusiasmo al desterrado de la isla de Elba.

Tres días permaneció Napoleon en Lion y allí promulgó varios decretos que debían precederle á París, sirviendo de base, por decirlo así, al trono que intentaba restaurar. En dichos decretos disolvía las cámaras y convocaba los colegios electorales á una asamblea extraordinaria en el Campo de Mayo que debía reunirse en París el 1.º de mayo próximo para corregir y modificar la constitución de Francia conforme al interés y la voluntad nacionales, y para asistir á la consagración de la emperatriz y del rey de Roma; expulsaba á los emigrados que habían vuelto á Francia sin autorización suya desde el 1.º de enero de 1814, y secuestraba sus bienes; abolía la nobleza y suprimía los títulos feudales; restituía á la Legion de honor, á los hospicios, á los municipios, etc., las propiedades nacionales de que se les había privado para devolverlas á los emigrados; destituía á los generales y oficiales de tierra y mar que ingresaron en el ejército desde 1.º de abril del mismo año 1814; reponía en sus empleos á los miembros del cuerpo judicial; licenciaba á los suizos y real servidumbre; secuestraba los bienes de la familia de los Borbones y anulaba las órdenes militares de San Luis, del Espíritu Santo y de San Miguel. En una palabra, borró de una plumada los once meses de la restauración borbónica.

«Las causas del decreto relativo á la asamblea del Campo de Mayo encerraban todas las quejas que la opinión pública aducía contra el gobierno real, y cuya responsabilidad hacía pesar el Emperador sobre la cámara de los pares y el cuerpo legislativo, igualmente indignos á sus ojos de la confianza de la nación; acusábales de haber dado á Luis el título de rey legítimo «lo que equivalía á declarar rebeldes al pueblo francés y á sus ejércitos, y proclamar buenos franceses á los emigrados que por espacio de veinte y cinco años desgarraron el seno de la patria, y violaron todos los derechos del pueblo, consagrando el principio de que la nación era he-



cha para el trono, y no el trono para la nacion.» Tales palabras en boca de Bonaparte auguraban un hombre cambiado, contribuyendo á tranquilizar al partido liberal que temia el restablecimiento del imperio con su dictadura y sus arbitrariedades. Mientras el Emperador permaneció en Lion no cesó de hablar en igual sentido.

El secreto de los graves acontecimientos que ocurrían en Lion fue muy bien guardado en las Tullerías, donde se hacían los preparativos necesarios para la sesion real del 16 de marzo, no para mejorar la situacion del gobierno y arrancar partidarios á Napoleon con algunas medidas saludables, sino para desplegar un aparato que dejaba mucho de complacer y tranquilizar al pueblo: «los pares y los diputados llenaban el recinto de la cámara inquietos y silenciosos; las tribunas estaban ocupadas por los mas acérrimos realistas, el Rey, acompañado de los principales oficiales de su servidumbre y de los grandes dignatarios del reino, se dirigió con gran pompa al palacio del cuerpo legislativo, y al presentarse en el salon fue acogido con prolongadas aclamaciones. Rodeábanle todos los príncipes y entre ellos su hermano, el conde de Artois, recién llegado de Lion, y solo faltaban á la ceremonia los duques de Angulema que recorrian á la sazón las ciudades meridionales de Francia. Luis, sentado bajo dosel y cubierto, recorrió la asamblea con una mirada tranquila é imponente, y leyó con voz firme un discurso expresando sus sentimientos é intenciones, anunció que las potencias extranjeras acudirían en su auxilio contra el *enemigo público* que intentaba esclavizar otra vez á la patria bajo su yugo de hierro y destruir el pacto constitucional. «Reunámonos todos á su alrededor, exclamó, sea ese pacto nuestra bandera.» Entusiasmada la asamblea por la noble actitud del real orador, y por sus patrióticos conceptos; levantóse en masa á los gritos de ¡viva el rey! y el conde de Artois en su nombre y el de su familia pronunció con el brazo extendido el siguiente juramento: «Juramos por nuestro honor vivir y mo-

rir fieles á nuestro Rey y á la Carta constitucional, que asegura la felicidad de los franceses.» Los príncipes extendieron la mano y repitieron á su vez «¡lo juramos!» Y mientras los circunstantes se asociaban á tal juramento, el Rey abrió los brazos á su hermano que se precipitó en ellos presa de gran conmocion; todos se abrazaban, el entusiasmo brillaba en todos los rostros. En la sesion siguiente, la cámara, á propuesta del diputado Delorme, confió el depósito de la Carta constitucional y de las libertades públicas á la fidelidad y valor de los guardias nacionales y de los ciudadanos todos; el partido liberal, y Benjamin Constant, su mas poderoso jefe, protestó contra el restablecimiento del régimen imperial, dirigiendo á Luis las siguientes palabras: «Un año de vuestro reinado no ha hecho derramar tantas lágrimas como un solo dia del reinado de Bonaparte.» Esta oposicion de parte de los liberales fue causa sin duda de un cambio inmediato en las intenciones del emperador francés, y, en efecto, formábase una coalicion contra Napoleon en la cámara de los diputados, donde Juan Andrés Barrat propuso declarar que «no podia sostenerse en Francia gobierno alguno sino siguiendo exactamente la línea de los principios constitucionales desconocidos y violados todos por Bonaparte con menosprecio de los mas sagrados juramentos...

«Á cada momento se recibía en las Tullerías la noticia de una defeccion militar: aquí los jefes arrastraban á sus soldados, allí eran los soldados que arrastraban á sus jefes; no habia ciudad que no se apresurase á llamar, á abrir sus puertas al Emperador, quien avanzaba á marchas forzadas á la capital. El dia 13 pernoctó en Macon, el 14 en Chalons, el 15 en Autun, el 16 en Avallon, y allí supo la sumision del general Ney, el cual dirigió á sus tropas la proclama que empieza con las siguientes palabras: «¡La causa de los Borbones está perdida para siempre!»

Hemos visto ya de qué manera triunfó por completo Napoleon; y no entrando ahora en la narracion cronológica de los hechos sino es-



tudiando aquellos grandes acontecimientos, seguiremos el orden de consideraciones políticas que hemos comenzado. Napoleon quedó pues con rapidez asombrosa dueño de la Francia toda, que no protestó poco ni mucho, si exceptuamos al partido formado de los cortesanos, ministros y altos funcionarios del régimen de Luis XVIII. Sin embargo, la nación podría haber temido las resoluciones del congreso de Viena, puesto que la declaración en él de los aliados contra Napoleon amenazaba rudamente á este, á la par que alentaba á los dos partidos hostiles é igualmente inflexibles que se agitaban, el partido liberal y el partido realista, preparándose á combatir la autoridad del Emperador. Debilitada esa autoridad por el ejercicio de los derechos políticos y por el restablecimiento del gobierno constitucional, no podía ya apoyarse en la única y absoluta voluntad del soberano, sino que debía robustecerse con el consentimiento de las masas; por primera vez vió el Emperador que no podía gobernar solo, y que habia de contar con otros hombres; su carácter se resistió á ello, y la lucha empezó en el Consejo de ministros, donde Carnot se atrevió á resistirle reivindicando la responsabilidad de sus propios actos, y rechazando los que se pretendia imponerle. Dejando esto aparte, ha de convenirse en que Napoleon estuvo de acuerdo con su ministerio para tranquilizar la opinion pública y hacer desaparecer todos los recuerdos de la restauración.

De inferir es que el gobierno de Bonaparte se habria consolidado firmemente, á no existir la coalición europea, que temerosa de la ambición de aquel soldado se aprestó á la guerra para derrocar para siempre el trono que él acababa de reconquistar. La Francia era el pueblo mas á propósito para aceptar de buen grado el gobierno de un hombre que podía enaltecer su gloria con la fuerza de las armas. Y á su vez Napoleon se habia reformado en gran manera aleccionado por la dura ley de la experiencia. Envió á los soberanos aliados una carta autógrafa, en la que se comprometia á conservar la paz de Europa, con tal de que los alia-

dos abandonasen la causa de los Borbones. «Después de haber ofrecido al mundo el espectáculo de grandes combates, ha de ser muy halagüeño no entrar en mas lucha que en la tarea de hacer felices á los pueblos. La Francia se complace en proclamar con franqueza el noble objeto de sus aspiraciones.» Semejante declaración firmada por el Emperador, habria quizás contrareestado los proyectos de los aliados, á no infundirles Talleyrand y sus agentes los temores que hemos indicado, y á no haber interceptado dichas cartas de Napoleon, ninguna de las cuales llegó á su destino.

Sin embargo, era tarde para evitar una coalición de las potencias aliadas, y por mas que el emperador francés preparase en el interior de su reino las bases de un gobierno estable, dando satisfacción al partido popular, en el exterior se aglomeraba la tempestad, que al estallar derribaria su trono. Preparóse Napoleon á la guerra, y los inmensos preparativos que allegó no impidieron que la marcha de la empresa constitucional siguiera adelante con notoria actividad: habíanse modificado los consejos municipales, convocado los colegios electorales y elegido los representantes de la nación, en tanto que se presentaba una acta adicional á la votación de todos los ciudadanos en las municipalidades y cuerpos del ejército. Verdad es que aquella votación universal no se habia efectuado con las garantías que se habrían exigido en circunstancias menos azarosas; muchos ciudadanos, aun los mas influyentes por su nacimiento, educación y fortuna se abstuvieron de votar, unos por indiferencia, otros por miedo, aquellos por espíritu de oposición, y estos por convicción política. De ahí nació quizás que sobresalieran mas de lo que en realidad les correspondia dos partidos contrarios uno de otro, el realista puro y el constitucional, y este, sin estar aun bien definido y clasificado, tenia mas fuerza é iniciativa que el otro, aunque menos numeroso. Comprendia el partido constitucional á los antiguos republicanos, á los monárquicos que querían la Carta constitucional, á los partidarios de las instituciones libres de Inglaterra



y de América, á los amantes del progreso intelectual, á los patriotas sistemáticos, y en una palabra, á todos los que Napoleón calificara tantas veces de ideólogos; y si el emperador

Menos peligroso era el partido realista, pues sin luchar ni quejarse solo conspiraba con su silencio, con su retraimiento y su inmovilidad. Y respecto del partido bonapartista, in-



LA DUQUESA DE ANGLEMA.

francés solamente había hallado hasta entonces delante de sí á individuos de esta especie, á los cuales había fácilmente dominado, veía en aquel momento cerrarle el paso y disputarle el poder un partido entero de ideólogos.

ferior á los otros en prestigio, en número é inteligencia, no reconocía mas móvil que una adhesión absoluta á la causa imperial, ni tenía mas objeto que defender al Emperador, á quien identificaba con la libertad y con la pa-



tria: esta era su doctrina, su religion, su culto.

La cámara de representantes fué pues elegida bajo la influencia de esos tres partidos, que léjos de declararse una guerra recíproca se concretaron á proyectar reformas, medidas y leyes de sus respectivas aspiraciones. Los realistas enviaron á la cámara un número reducido de diputados, los bonapartistas eligieron una multitud de generales, empleados y magistrados probados ya en el tiempo del imperio; mas los constitucionales alcanzaron el mayor número, de modo, que si los otros dos no conseguían avenirse, ese partido inclinaria el Gobierno de su parte, con tanto mayor motivo en cuanto contaba en su seno los oradores, los publicistas, los ambiciosos, y tenia por ende á su disposicion los medios de seducir, de arrastrar y subyugar á los tímidos y vacilantes.

6.—Las luchas de los partidos contra Napoleón por una parte, y la derrota de sus armas en Waterloo por otra, sin contar la guerra civil que estallara en la Vendée, fueron motivos suficientes para derrocar el poderío del emperador francés, siendo inútiles las tentativas y pretensiones de este para hacer admitir la abdicacion en pro de su hijo Napoleón II. Vino en consecuencia la segunda restauracion de los Borbones exaltando tal noticia las pasiones del pueblo de Marsella, Aviñon, Nimes y de otras ciudades del mediodía de Francia, donde á veces la autoridad municipal fué cómplice de los excesos que tenia el deber de reprimir. Los jefes reclutados por las juntas realistas de los Cien dias enarbolaron la bandera blanca con un escudo verde, y numerosas partidas de exaltados realistas plantearon un sistema de terror llamado el Terror blanco, por contraposicion al rojo de la Revolución, y durante muchos meses contrarrestaron ó suspendieron la accion de la autoridad en todas sus esferas. El general Brune fué una de las primeras víctimas de aquel furor, y á pesar de los esfuerzos de las autoridades pereció á manos del populacho de Aviñon.

7.—«El nuevo gobierno de Luis inició su marcha con actos de rigor contra los partida-

rios del anterior orden de cosas, y el general La Bedoyere, que fuera el primero en proclamar al Emperador á su regreso de la isla de Elba, habia de ser tambien el primero que cayese bajo los golpes de la reaccion. Léjos de imitar el general la conducta de sus compañeros de proscripcion que se habian ocultado ó salido de Francia, vivia públicamente en París, donde no tardó en ser espiado y descubierto, siendo preso despues de haber rehusado el pasaporte que Fouché le enviara lo mismo que á las otras cincuenta y seis personas esceptuadas de la amnistía, entre las cuales repartió cuatrocientos cincuenta y nueve mil francos. El dia 4 de agosto compareció ante un consejo de guerra presidido por el coronel Berthier de Savigny, y compuesto de seis comandantes, de dos capitanes y de un teniente de la gendarmería; el príncipe real de Prusia, los príncipes de Orange y Wurtemberg asistieron á los debates en compañía de sus estados mayores y de sus respectivos cuerpos diplomáticos. La Bedoyere fué sentenciado á muerte, y el 19 de agosto, despues de abrazar á su esposa y á su hijo fué fusilado en la llanura de Grenelle.

Bajo la impresion de tales sucesos y bajo la presion de las armas extranjeras nombróse en los colegios electorales la cámara de diputados. El partido bonapartista no contó un representante siquiera en aquella asamblea compuesta de antiguos nobles, de emigrados y de realistas; á duras penas podian considerarse como adictos al partido constitucional treinta ó cuarenta miembros de la cámara, y eso que aquel partido habia hecho considerables progresos desde los Cien dias, pues la constitucion era una especie de terreno neutral en el que se encontraban todas las fracciones, todos los matices de la oposicion nacida del deseo de restablecer el pasado, y de las inquietudes que el porvenir inspiraba. El patriotismo menos exaltado se inflamaba al considerar la situacion de Francia, y Fouché mismo confesaba parte de la verdad de la situacion en una memoria dirigida al Rey, tratando del estado interior del reino. «Los males de la Francia han llegado á su colmo, decia el ministro de poli-



cía; se devasta, se destruye todo como si para nosotros no hubiese ya reposo ni tranquilidad. Los habitantes toman la fuga á la proximidad de la indisciplinada soldadesca; los bosques se llenan de infelices que buscan en ellos un postrer asilo; las cosechas se secan en los campos; en breve no escuchará la desesperacion la voz de autoridad alguna, y la presente guerra, emprendida para asegurar el triunfo de la moderacion y justicia, igualará en barbarie las deplorables invasiones que recuerda con horror la historia.»

Esas palabras de Fouché eran una protesta contra los planes de los soberanos aliados, que en menosprecio de los mas solemnes compromisos intentaban oprimir, desmembrar y envilecer la Francia. Luis XVIII se hallaba de acuerdo con el príncipe Talleyrand, para dirigir la voz al pueblo francés, y denunciar ante el tribunal de la opinion pública los hostiles proyectos de los que se titulaban pacificadores de Europa; comprendió que no podia admitir el desastroso tratado que le exigian sus aliados como premio de sus interesados servicios, sino despues de aparentar haber apurado todos los medios de resistencia; y esto hizo que los tres soberanos aliados dirigiesen dos *ultimatum* á la monarquía de los Borbones, exigiendo por bases del nuevo tratado el desmembramiento de territorio, la cesion de plazas fuertes, una contribucion de guerra y la ocupacion militar. Talleyrand negociaba por parte de Francia sin observar que se trataba de librarse de él y de su supremacía celosa y tiránica; no imperaba ya como en el congreso de Viena en las decisiones de la diplomacia: si dominaba á Wellington, en cambio apenas podia hacer sentir su influencia á lord Castlereagh, y los plenipotenciarios Capo de Istria, que reemplazara á Nesselrode por parte de Rusia, Hardemberg de Prusia, y Metternich del Austria, no parecian nada dispuestos á doblegar sus resoluciones ante la sagaz insistencia del príncipe de Benevento. Créiase este fuerte con la absoluta confianza de Luis XVIII; pero Fouché, que veia mas claro y mas léjos, que por medio de su poli-

cía era sabedor del fondo de las cosas, juzgó que no podia sostenerse por mas tiempo en el ministerio, y que este llegaria á caer á los golpes de los ultra-realistas, que acaudillados por el conde de Artois y la duquesa de Angulema, podian contar á la vez con la cámara de diputados y con el consejo privado del Rey. Sin intentar la lucha con aquel partido que le echaba cada dia en cara los nombres de *jacobino* y *regicida*, presentó su dimision al Rey en 16 de agosto, luego de haber recibido el gabinete el ultimatum de los plenipotenciarios, y solicitó en cambio del ministerio de policía la embajada de Francia en la corte de Sajonia. Su fiel policía le advirtió que se trataba de asesinarle por el camino de Alemania, y para burlar el intento de sus enemigos marchó disfrazado y bajo un nombre supuesto, pudiendo así llegar á Dresde despues de burlar varias asechanzas de sus enemigos.

Talleyrand persistia, no obstante, en permanecer en el ministerio, creyéndose indispensable en circunstancias tan difíciles: habia conocido por fin de lo que era capaz el partido puramente realista, que minaba su administracion y diplomacia, y no temió atacarle de frente, denunciándolo al Rey como perjudicial á los intereses de Francia y peligroso á la corona; pero sus avisos no produjeron el resultado que esperaba, y el Rey acabó por declararle en pleno consejo de ministros, que las potencias aliadas consentirian en firmar la paz con mejores condiciones para la Francia, si cambiase de mano y de influencia la direccion de los negocios extranjeros. Talleyrand, ofendido en su amor propio de diplomático, presentó su dimision, que el Rey aceptó, dándole gracias por el sacrificio que hacia á la razon de Estado. El duque Dalberg y el abate Luis imitaron á Talleyrand, cuya cartera pasó al duque de Richelieu, quien de acuerdo con el emperador de Rusia, constituyó un ministerio puramente realista: el duque de Feltre se encargó del ministerio de la Guerra, el vizconde de Bouchage del de Marina, el conde de Vaublanc del Interior, Barbé Marbois del de Justicia, y Decazes de la policía. «Nos han bur-





EL TERROR BLANCO.



# LA VUELTA POR ESPAÑA.

## UNIDAD NACIONAL

El primer deber de un gobierno es el de asegurar la unidad nacional, y para ello debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública.

La unidad nacional es el fundamento de toda libertad política, y sin ella no puede haber progreso ni bienestar para el pueblo.

El gobierno debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública, y para ello debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública.

La unidad nacional es el fundamento de toda libertad política, y sin ella no puede haber progreso ni bienestar para el pueblo.

El gobierno debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública, y para ello debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública.

La unidad nacional es el fundamento de toda libertad política, y sin ella no puede haber progreso ni bienestar para el pueblo.

El gobierno debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública, y para ello debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública.

La unidad nacional es el fundamento de toda libertad política, y sin ella no puede haber progreso ni bienestar para el pueblo.

El gobierno debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública, y para ello debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública.

La unidad nacional es el fundamento de toda libertad política, y sin ella no puede haber progreso ni bienestar para el pueblo.

El gobierno debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública, y para ello debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública.

La unidad nacional es el fundamento de toda libertad política, y sin ella no puede haber progreso ni bienestar para el pueblo.

El gobierno debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública, y para ello debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública.

La unidad nacional es el fundamento de toda libertad política, y sin ella no puede haber progreso ni bienestar para el pueblo.

El gobierno debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública, y para ello debe procurar que todos los ciudadanos estén de acuerdo en los principios que rigen la vida pública.

La unidad nacional es el fundamento de toda libertad política, y sin ella no puede haber progreso ni bienestar para el pueblo.



# LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco Historia popular de España en su parte geográfica civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

## TERCER PROSPECTO.

Nuestro viaje está recorriendo su tercera etapa.

Después de haber visitado siete provincias, hemos llegado á la de Barcelona y nuestro trabajo encuentra en esta localidad un campo mas vasto en que poder desarrollarse.

Historia, artes, ciencias, industria, comercio, todo parece haberse reunido en Barcelona para dar mas importancia á esta region de España, que si grandes recuerdos encierra en su pasado, no menos preclaros timbres ha llegado á obtener en los presentes.

Ardua fue la tarea que nos impusimos al dar comienzo á nuestra publicacion, graves dificultades nos salen á cada momento al paso, dificultades que hemos conseguido ir venciendo, habiendo llenado nuestro cometido, si no con la perfeccion que hubiésemos deseado, al menos hasta donde nuestra humilde inteligencia ha podido alcanzar.

Barcelona, como ya hemos dicho, nos ofrece un campo mas dilatado; las dos épocas que nos presenta, la pasada y la presente; el trabajo de la inteligencia y el trabajo de la política; los hombres que dieron importancia por medio de las armas, de los tratados y de las conquistas á la antigua corona de Aragon, y los hombres que á fuerza de perseverancia, de laboriosidad y de energía han sabido nivelar su industria con las mas importantes del extranjero, concurrendo con su óbolo á la ereccion de ese gran monumento que la civilizacion moderna está construyendo, ofrecen mucho á los ojos del viajero y mucho tambien á la pluma del historiador.

El pasado y el presente de Barcelona serán visitados por nosotros con la misma escrupulosidad que lo han sido las anteriores provincias. La misma marcha que en estas hemos seguido, la continuaremos en la que hoy damos comienzo, y tan ameno como ha sido el viaje por aquellas, tan recreativo procuraremos que sea en esta.

Sus monumentos, sus recuerdos, sus tradiciones, han de darnos esfera amplia para desarrollar esos cuadros de entretenimiento y solaz; y su industria, ese poderoso elemento de riqueza creado y sostenido por la constancia y el esfuerzo de los hijos de Cataluña, será tratado por nosotros con ladelicadeza y el esmero que tanto merece.

Enemigos de elogiar nuestros trabajos, preferimos demostrar á prometer, y como precisamente hay ya publicados dos tomos en los que se hallan condensadas nuestras observaciones por siete distintas provincias, á ellos solamente dejamos el elogio ó la censura, respecto á la realizacion de nuestras primeras ofertas.

En ellos, que contienen el primero, las provincias de Guadalajara, Cuenca, Soria y Zaragoza; y el segundo, las de Huesca, Lérida, Gerona y la república de Andorra, puede verse, no solamente el trabajo de los viajeros y el estudio hecho en aquellas localidades, si que tambien la parte material de la publicacion que ni por el papel empleado en ella, ni por la cantidad de lectura, ni por la multitud de grabados que la ilustran, guarda proporcion con lo exiguo de su precio.

Y ya que de los grabados hablamos, debemos llamar respecto á ellos la atencion de nuestros lectores, tanto porque en su mayor parte están tomados del natural, cuanto porque existen muchos tambien que no se han visto en ninguna de las obras que se han publicado referentes á esta provincia.

Encomendados á los mejores artistas, obran ya en nuestro poder la mayor parte, entre los que debemos hacer especial mencion de los de las torres y absides de la Catedral y Santa María del Mar, y varios interiores de la Catedral, vistas de distintos puntos, máquinas industriales y otros que fuera prolijo enumerar.

## BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra se publica por entregas de 8 páginas en 4.º mayor, de excelente papel y elegantes caracteres, con grabados intercalados en el texto. El precio de cada entrega es el de *medio real en toda España*, repartiéndose cuatro semanales. —Atendido á que ha terminado la publicacion de los dos primeros tomos, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales recibiendo uno ó mas, segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, admitiéndose tambien suscripciones á tomos determinados, de los publicados ya.